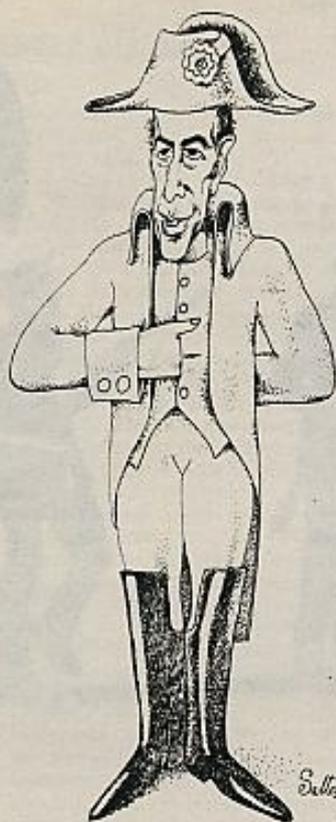


"economía sana", incita a los otros países occidentales a "concentrar sus esfuerzos para reducir el desorden internacional" y les pide que incrementen su apoyo financiero a los países mal provistos, a la estabilización de los precios y a la organización de los mercados de materias primas. El diálogo Norte-Sur es el diálogo franco-africano, que se adelanta al diálogo mundial. Desde la descolonización, Francia trata de ayudar económicamente a estos países, pero "se encuentra cada vez más requerido en el curso de los últimos años para que conceda, además, una ayuda a los países mal armados, víctimas de agresiones exteriores". Sólo puede hacerlo de una manera limitada, porque la "responsabilidad principal de su seguridad pertenece, naturalmente, a los Estados directamente afectados". ¿Qué pretende Francia? "Coordinar su política con las vuestras para que, juntos, defendamos intereses en gran parte unidos".

Son las bases de un pacto. Son las bases de lo que se ha llamado una "multinacional militar". No faltan, entre los interlocutores de Giscard, los eufemismos que conducen al mismo lugar. El Presidente

del Togo alude a la "violencia ciega", a la intervención brutal de potencias extranjeras, a los que combaten por cuenta de otros: "Esta violencia es una amenaza grave contra la seguridad y el fundamento de nuestras naciones y, por esta razón, debe ser combatida por todos los medios posibles". En suma, de lo que se trata es de montar una fuerza de intervención africana, que socorriera a los Gobiernos puestos en peligro por sus "rebeldes". Todo ello se produce a imagen y semejanza de lo que fue y es la política de los Estados Unidos en estos casos: creación de grandes pactos regionales en los que el país metropolitano estuviera presente, como un hermano —hermano mayor— con dinero, armas y hombres; estímulo a la participación activa de los defendidos —que no reposen sobre la acción de los protectores, sino que contribuyan ellos mismos— y creación de una fuerza internacional: como la que intervino en Corea, como la que no se pudo montar en el Vietnam, como la que se ha intentado en Latinoamérica y funcionó en algún caso —la ocupación de Santo Domingo—. Esto es, privar a la lucha de un denominador



político demasiado esquemático de guerra entre el Este y el Oeste. Buscar motivaciones más complejas.

Y, desde luego, hurtar en las explicaciones el fondo de la cuestión, que es menos natural que lo que pretende la doctrina exterior francesa, que parte ya de considerar la colonización anterior como natural. La realidad es que las aspiraciones de independencia de África, hace veinte años, se han visto más perturbadas que por las cuestiones de etnias y de fronteras arbitrarias, que desde luego existen, por la continuación de la explotación. Es absurdo considerar que hay países pobres y países ricos, como si esto fuera un hecho procedente de la Naturaleza, del destino o de la Providencia. Es la continuación de doctrinas políticas hoy en desuso —en desuso verbal, aunque no práctico— que consistían en creer que la separación dentro de un país entre ciudadanos pobres y ciudadanos ricos era un hecho normal al que había que paliar con la caridad. Los países pobres lo son precisamente porque otros son ricos, y viceversa: es decir, hay una relación estrecha de explotadores y explotados. Los países de alto nivel de vida lo tienen a consecuencia de que de alguna forma, directa o indirecta, se llevan las riquezas y explotan la mano de obra de los otros. Cualquier "ayuda" estará destinada a mantener esa situación. Hace veinte años, los países africanos conocieron una independencia política teó-

rica; en el lugar de los colonos fueron dejados gobernantes y Ejércitos aborígenes encargados de perpetuar la situación, y uno de ellos es Mobutu. Las insurrecciones que se producen en los países africanos no tienen otro motivo: invertir un orden injusto. Que haya potencias extranjeras que lo utilicen en un sentido o en otro es innegable, pero la confusión no hace más que enmascarar la situación verdadera. El desorden, el caos, las guerras africanas, están lejos de ser un hecho natural: son la consecuencia de una explotación, y esa explotación ha sido dirigida concretamente por los Estados Unidos.

¿Actúa Francia por encargo o como agente de los Estados Unidos en esta cuestión? Hay apariencias que indican que no. Pero finalmente la intención es la misma. La disputa franco-belga sobre la cuestión es muy fuerte, y tiene un origen: Bélgica, se dice que con la ausencia y el apoyo de los Estados Unidos, trataba de cambiar la situación en el Congo por la sustitución de Mobutu. Un periódico belga, socialista y flamenco —por lo tanto, antifrancés— explica que todo el problema está en que Francia apoya "el régimen del déspota" (Mobutu). Otro, demócrata cristiano, el "Standaard", escribe: "Francia espera su recompensa por el papel que acaba de representar. Los franceses van a compartir el poder en el Zaire con los americanos, y los belgas serán, con el Presidente Mobutu, las víctimas de la operación. Se instala el neocolonialismo bajo una nueva forma". La impresión general en Bélgica es que Francia quiere desplazar los intereses belgas. La desconfianza de los Estados Unidos es que quiera ser protagonista del famoso diálogo Norte-Sur, que ya Washington torpedeó desde un principio, como hace con todas las grandes relaciones internacionales que no pasen por su órbita.

Pero, por encima de estas querrelas, pasa otro tema: la neutralización de un independentismo africano. La guerra abierta a los "rebeldes": con o sin Mobutu, es lo de menos. Mobutu trata de evitar ser despeñado, no quiere que su país se convierta en una "democracia controlada", donde no tenga él el papel principal. Pero los Estados Unidos, Francia y Bélgica y, sin duda, la OTAN no pierden demasiado tiempo en estas disputas pequeñas; lo importante es que el Zaire quede bajo control y que no se pierda el de otros países africanos; si se puede recuperar Angola, mejor aún. Es una cuestión directa de explotación. ■



El desorden, el caos, las guerras africanas no son sino consecuencia de una explotación, en la que participan tanto USA como Francia, Bélgica o la RFA. En la foto: racistas franceses y belgas en Kolwezi.